

Mié
3
Ene
2018

Evangelio del día

Segunda semana de Navidad

Hoy celebramos: Santo Nombre de Jesús (3 de Enero)

“Y yo he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios”

Primera lectura

Lectura de la primera carta de Juan 2, 29 – 3, 6

Queridos hermanos:

Si sabéis que él es justo, reconoced que todo el que obra la justicia ha nacido de él.

Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!

El mundo no nos conoce porque no lo conoció a él.

Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifiesta, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es.

Todo el que tiene esta esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro.

Todo el que comete pecado quebranta también la ley, pues el pecado es quebrantamiento de la ley.

Y sabéis que él se manifestó para quitar los pecados, y en él no hay pecado.

Todo el que permanece en él no peca. Todo el que pecha no lo ha visto ni conocido.

Salmo de hoy

Salmo 97, 1bcde. 3cd-4. 5-6 R/. Los confines de la tierra han contemplado la salvación de nuestro Dios

Cantad al Señor un cántico nuevo,
porque ha hecho maravillas.
Su diestra le ha dado la victoria,
su santo brazo. R/.

Los confines de la tierra han contemplado
la salvación de nuestro Dios.
Aclama al Señor, tierra entera,
gritad, vitoread, tocad. R/.

Tañed la cítara para el Señor,
suenen los instrumentos:
con clarines y al son de trompetas,
aclamad al Rey y Señor. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según san Juan 1, 29-34

Al día siguiente, al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó:

«Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: “Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo”. Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua, para que sea manifestado a Israel».

Y Juan dio testimonio diciendo:

«He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma, y se posó sobre él. Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: “Aquel sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ese es el que bautiza con Espíritu Santo”.

Y yo lo he visto y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios».

Reflexión del Evangelio de hoy

Ahora somos hijos de Dios

Nacidos de Dios. Esta es la noticia importante que la carta atribuida a San Juan nos da. Somos pues, hijos de Dios y como tales la verdad y la justicia tienen que ser nuestro lema y el trabajo que tendremos que realizar a lo largo de nuestra vida, porque la verdad y la justicia están incluidas en el amor que Dios nos regala a manos llenas.

Dios nos ama, nos da gratuitamente la vida. El se encarga, si le dejamos, de hacer caminar nuestra existencia por los caminos del amor. Somos un reflejo de Dios, somos su imagen. Una imagen imperfecta porque nuestros sentidos no son capaces de atisbar siquiera qué y cómo seremos en el futuro, cuando seamos capaces de mirarle cara a cara.

Mientras tanto Dios está en nosotros. En nuestra esencia está la sombra de Dios, y esta presencia divina nos exige ser como Él es. Dios es amor, decimos con frecuencia, pero nos olvidamos que, porque vive en nosotros, debemos practicar una forma de vida que en Él esté incluida. El amor de Dios nos obliga a vivir en la verdad, practicar la justicia y la misericordia, porque son inseparables del amor que nos tiene y no tenemos otra opción.

Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo

Juan está al otro lado del Jordán, lejos de Jerusalén, del templo, bautizando y predicando su mensaje de esperanza, de anuncio de la venida del Mesías. Hasta allí llegan los enviados de las clases dirigentes tratando de saber con qué autoridad bautiza, y seguramente preocupados porque los seguidores del Bautista van aumentando y su mensaje pone en peligro la seguridad de las clases dirigentes.

En esta situación se produce la escena, el pasaje que hoy leemos en el Evangelio del encuentro de Jesús con Juan, y en el que podemos encontrar algunas expresiones que admiten varias interpretaciones, y se han venido interpretando, tal vez, de un modo interesado, y en un sentido determinado, puede que alejado de la verdad.

Cuando el Bautista dice "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo", no está hablando del cordero que deberá sacrificarse para satisfacer a un dios vengativo y cruel, a un ídolo que nos hemos fabricado dotándolo de los peores instintos humanos. No: el Cordero del que Juan habla es el cordero Pascual, el símbolo de la liberación de la esclavitud de Egipto, es el signo de la ruptura de todas las cadenas que aprisionan al hombre y le impiden ser libre, le niegan la posibilidad de ser imagen del Dios creador, padre y madre de todos los seres creados, en cabeza de los cuales está el hombre.

Es el Cordero que quita "el pecado". Así: en singular. No quita mis pecados, tus pecados, sus pecados, sino que borra el pecado en sí. Todo el pecado de la creación entera ha sido borrado por Él. Cristo nos ha liberado de todo lo que nos opriñe. De toda opresión externa o de la opresión interna que ejercemos contra nosotros mismos, impidiendo que nos podamos realizar como seres humanos completos, imágenes de Dios, porque Él así nos creó y así nos quiso.

Cristo nos invita con su vida y su mensaje a ser libres, y solo seremos verdaderamente libres en el servicio, en el amor; liberándonos y liberando a los demás. No es una forma de vivir exenta de riesgos, al contrario; en el mundo y la historia en la que estamos incardinados parece que si no oprimes, te oprimen y tendemos a pisar a los demás por puro instinto de supervivencia, con frecuencia violentando la propia conciencia. Perdemos de vista que si nos cambiamos en opresores dejamos de realizarnos como hombres libres. No tenemos en cuenta que Cristo prefirió la cruz antes que dominar a los que lo rodeaban.



D. Félix García Sevillano O.P.
Fraternidad de Laicos Dominicos de Viveiro (Lugo)

Nació en 1946 y estudió en el Colegio Arzobispal "García Morente" de Madrid. Estuve en el Ejército y tengo estudios en Geografía en Historia y en derecho y psicología. Me he casado y tengo 4 hijos. Entré en relación con la Orden Dominicana hacia 1990, colaborando en la creación del albergue para transeúntes y de la Fraternidad Seglar al abrigo del Monasterio de Monjas Contemplativas de Nuestra Señora de Valdeflores, en Viveiro. Colaboro en la edición de la hoja dominical que sale cada semana y apoyo a varios párrocos de la diócesis en charlas, celebraciones y otras actividades.

Santo Nombre de Jesús

Para la conmemoración

El amor que sintieron ya los cristianos de los primeros siglos hacia el nombre del Señor Jesús, Salvador, según nos consta por los escritores apostólicos y por la tradición, y que no sólo informó sus vidas sino que los llevó hasta confesar públicamente su fe y padecer el martirio por esta causa, fue adquiriendo un mayor desarrollo con el correr de los tiempos. En la tradición de la Iglesia oriental se desarrolló en íntima relación con la espiritualidad monástica llamada «hesicástica» (contemplación imperturbable). En occidente, en cambio, la devoción al nombre de Jesús se presenta bajo determinadas formas de devoción popular y en conexión siempre con el ciclo de las celebraciones de la Navidad. A partir del siglo XII adquirió gran auge por el influjo sobretodo de los monasterios en donde esta devoción tuvo una característica especial en su fervor, cuyo insigne testimonio es el himno, o «magna iubilatio», *lesu, dulcis memoria, llegado hasta nosotros.*

En nuestra Orden ya desde sus orígenes se enumeran muchos hermanos que profesaron amor muy particular al «dulcísimo nombre del Salvador». Esto se comprueba en que el papa Gregorio X, poco después de la celebración del segundo concilio de Lyon (1274), encomendó a los frailes Predicadores la promoción de la alabanza y veneración del santísimo nombre de Jesús, siendo el beato Juan de Vercelli († 1283), Maestro entonces de la Orden, uno de los que con más ardor se dedicó a esa promoción.

Esta dedicación apostólica se vio reforzada a la vez con nuevas formas de espiritualidad de los franciscanos y se incrementó en el s. XIV con preclaras formas de predicación y escritos espirituales entre los que se cuentan especialmente los del beato Enrique Seuze (1366), con la predicación de san Bernardino de Siena (1444) y al mismo tiempo con la difusión de las Hermandades del Santísimo Nombre: precisamente en la fundación de ellas nuestra Orden trabajó incansablemente a lo largo de los siglos por encargo de los Sumos Pontífices, especialmente a partir de Pío IV (1559-1565), juntamente con las cofradías del santo rosario.

A partir del siglo XIV se dan ya formularios litúrgicos propios, si bien solamente en siglos sucesivos pasan a la liturgia, y así, concretamente, los franciscanos lo harán en el año 1530; a finales del siglo XVII los dominicos; en el calendario romano para toda la Iglesia en 1721 ya existía en la liturgia la celebración de la Circuncisión del Señor (día 1º de enero), en la cual se aludía principalmente a la imposición del nombre de Jesús. Últimamente en el nuevo misal romano esta festividad cedió el puesto a la solemnidad de Santa María, Madre de Dios, en la cual se commemora también de modo principalísimo la imposición del nombre de Jesús (CR, n. 35). Asimismo se da en el misal romano actual la misa votiva del santísimo nombre de Jesús. A ella corresponde, pues, el presente Oficio votivo, que puede usarse «ad libitum» (OGLH, nn. 244-245), especialmente para la celebración del propio patrono o del título de la iglesia.